

este mundo y en el otro: y ademas latirán tres corazones que rogarán por vos noche y dia: escuchad la voz del inocente, y fiaos en la palabra del pobre barquero.

—¿Quién es tu padre? preguntó el favorito acercándose cada vez mas al pescador.

—Giordano Lancia. ¿Habeis oido por ventura pronunciar su nombre?

—Lancia, exclamó el jóven con acento de rencor y de cólera. Sí, le conozco muy bien: me ha salvado la vida...

—En ese caso soy muerto, contestó el pescador suspirando. Y en efecto, antes que tuviera tiempo de dar un grito, el desconocido le atravesó el corazón con su puñal.

Despues dejándole caer al mar, dirigió con rapidez la barquilla á un sitio solitario y llegó á su casa, para presentarse al dia siguiente temprano, como tenia de costumbre, al tiempo de levantarse la regente.

## II.

La hora del medio dia acababa de dar en el reloj de la iglesia de la *Incoronata*, y en el mismo instante, y como para atestiguar la exactitud del antiguo reloj gótico, se oyó de repente el repique inmenso, universal y atronador de las innumerables campanas que en todos tiempos han herido los oidos de los napolitanos, y especialmente en la épo

ca bastante remota de la historia que nos ocupa. Despues de una noche como la que acabamos de describir, puede imaginarse que la sucederia un dia caluroso é intolerable. Sin embargo, en los barrios situados á orillas del mar, el calor era menos sofocante. Una brisa casi insensible y que no tenia bastante fuerza para arrugar la superficie del golfo, parecia suficiente para los pulmones de aquellos hombres habituados á una temperatura que pudiéramos llamar propiamente infernal. La mas delgada sombra proyectada por la caña de una columna ó por la cornisa de una ventana, un abanico improvisado con algunas ramas de adelfa, la vista de aquellas aguas serenas y limpias que convidaban á los nadadores con todo el atractivo de una jóven risueña y coqueta, era mas de lo que los napolitanos necesitaban para desafiar la canícula, y pasar la vida con paeiencia. Ademas se habian adoptado todas las precauciones de costumbre en las grandes solemnidades, para preservar á una parte de la ciudad de una lluvia de fuego, que el leon celeste deja caer sobre los pueblos abatidos, al sacudir su melena. Todas las calles que se estendian desde el real palacio de Castel-Nuevo hasta la iglesia del *Cármén*, estaban cubiertas por grandes toldos listados con mil colores: flores y arbustos se hallaban esparcidos por el suelo, sobre el que por una especie de comodidad verdaderamente sibarítica, se habia estendido una doble capa de arena fina y húmeda: fuentes construidas á la ligera por medio de

tres ó cuatro toneles colocados unos sobre otros, arrojaban por las bocas de sus tritones de yeso una plateada cascada que servia para refrescar la atmósfera y regar á los que paseaban. Todos estos aparatos anunciaban evidentemente alguna fiesta extraordinaria, algun regocijo público, ó el cumplimiento de un deber imperioso y solemne, que no se habia creído oportuno diferir para momento mas favorable. En efecto, la regente Juana de Duras, sobrina de la terrible Juana I, de homicida y adúltera memoria, despues de recibir en cuanto se levantó á los grandes funcionarios de la corona, y los principales barones del reino, se trasladó con extraordinaria pompa, y seguida de toda su corte, á la iglesia de Nuestra Señora del Cármen, para dar gracias á la milagrosa imágen que en ella se venera, por la doble victoria que habia conseguido su hermano y señor, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia.

La noticia habia llegado la víspera, é inmediatamente se dió orden de comunicarla al pueblo por medio de una fiesta improvisada, y dar gracias á Dios con una ceremonia piadosa y solemne, lo cual probaba á un mismo tiempo la devocion de Juana, y su inmenso amor fraternal. El acompañamiento habia atravesado una vez los malecones, para ir á la plaza del Mercado, y la multitud, cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha con aquel primer espectáculo, aguardaba con impaciencia el regreso de la brillante cabalgata. Sin embargo, a'

gunos grupos mas indolentes ó desdeñosos, se separaban de la masa de los espectadores y se entregaban á sus ocupaciones, completamente estraños al bullicio que reinaba en derredor suyo; escepcion tanto mas chocante, cuanto que formaba un singular contraste con la curiosidad general. Era un *aparte* en aquel coro de gritos de todas clases, un horizonte de cuadro en desacuerdo con los primeros planes, contra todas las reglas del arte, y aun diriamos mejor, de la naturaleza. Uno de aquellos grupos le formaba una docena de pescadores á quienes se reconocia fácilmente por su tez tostada por el aire solano, por sus largos gorros encarnados, y la dulce y monótona melodía con que se movian lentamente sacando sus redes del mar. Se mantenian separados en un pequeño rincon de la playa, y para disminuir la fatiga que el calor hacia insoportable, se dividian en dos trozos ó pelotones que se relevaban puntualmente de cuarto en cuarto de hora. Los pescadores que tenian derecho al descanso, iban á sentarse á la sombra debajo del arco de un puente medio hundido, y formaban círculo en derredor de un personaje que animaba en gran manera su recreo. Era un veterano de Avelino, de facciones duras y bronceadas, cabello blanco y enrespado, y pecho ancho y musculoso. Bastaba echar una ligera mirada sobre aquel hombre para convencerse de que habia debido tomar una parte activa y gloriosa en todas las guerras, que medio siglo hacia agitaban

á su dasgraciado país, codiciada presa de tantos príncipes y pueblos diversos. El número de las cicatrices que en todas direcciones cruzaban el cuerpo del anciano, era verdaderamente prodigioso. Las había tan profundas, que manifestaban haberse abierto muchas veces, como si el hierro del enemigo, no encontrando ya mas sitio, se hubiera visto obligado á penetrar por la misma herida. Sus brazos y sus piernas, cuyos huesos fracturados se habían colocado bien ó mal, parecían á las ramas nudosas y quebradas de un viejo tronco hendido por el rayo. ¿Por qué lazos misteriosos y desconocidos el alma de un cristiano podía hallarse retenida en aquel conjunto de miembros mutilados, en aquellos restos de armazon humana, en aquella ruina viviente? Era un secreto de la Providencia. Lo que era incontestable, que andaba, hablaba, regañaba, y acusaba á todos con impotente ó irrisoria cólera. Hacia ya algunos días que el rencor y los arrebatos del anciano habían llegado á tal grado de exasperacion, que el mayor de sus hijos, el barquero, apenas podía calmarle. ¿Era acaso efecto de un nuevo pesar, cuya causa ignoraba el jóven? ¿Era tal vez alguna nueva escapatoria de Peppino, muchacho holgazán é incorregible, verdadero lazzaroni en toda la estension de la palabra? Nadie sabia lo mas mínimo; mas, sin embargo, la última de sus dos congeturas era la mas probable, porque siempre que el barquero se alejaba para pescar ó conducir pasajeros, el pa-

dre irritado lanzaba una mirada severa y de desprecio sobre el último y el mas indigno de sus hijos. Sea como fuere, las espresiones de veterano eran tan violentas, que á otro cualquiera que no fuese él, le habrían costado bien caras. Pero la única venganza que solian tomar de sus estériles quejas, era entregarle como un juguete á la burla del populacho, que solía aprovecharse de la ausencia del barquero, ó de la debilidad del lazzaroni, para escitar los denuestos del buen hombre, y escuchar riéndose sus bravatas.

En aquel momento el anciano Giordano Lancia (porque era el mismo) se encontraba sin defensa. Su hijo Lorenzo, que así se llamaba el barquero, estaba ausente desde la víspera, y no había vuelto todavía, lo cual le ocurría muy á menudo, pues el pobre jóven tenia que trabajar para tres, y aun así á duras penas podía mantener á su achacoso padre y á su hermano. Inquieto é incomodado mas que de ordinario el viejo Lancia, dirigia desde el mar á la ribera, y desde ésta al mar, el único ojo que le quedaba, pues un fuerte golpe de partesaña le había reducido al estado de cíclope. Sentado sobre un banco de encina carcomido y cojo, digno pedestal de semejantes restos, el soldado no hacia caso de las burlas y provocaciones de los que le rodeaban. Absorto completamente en sus ideas, parecia olvidar el lugar en que se hallaba, la causa que á él le había conducido, y las palabras que acababa de cambiar con algunos pescadores que sacaban las re-

des. En fin, despues de muchas preguntas que quedaban sin respuesta, y despues de algunos minutos de aquella inspeccion continuada y silenciosa, Lancia dejó escapar un grito de satisfaccion, y casi al mismo tiempo un lazzaroni de doce á trece años, cuyas delicadas facciones, agradable sonrisa, y su aire casi femenino, contrastaban completamente con la fisonomía dura del soldado, se puso á su lado de cuatro saltos, y se echó á sus piés como un galgo fatigado de la carrera.

—Y bien ¿qué hay? dijo el viejo con tono sereno.

—No le he encontrado; pero su novia, la linda lavandera, me ha dicho que le vió ayer tarde; Lorenzo estaba alegre y bueno como de ordinario, y esperaba trabajar mucho por la mañana porque....

Al decir esto el niño se detuvo tímido y confuso.

—Por qué.... le dijo el padre con una voz fuerte y destemplada.

—Porque me ha prometido un gorro nuevo para hoy, en que todo el mundo se compone para ir á la fiesta.

—Miserable bribon, por tí se mata siempre á trabajar ese pobre muchacho. Tú conseguirás que sucumba.

—Pero padre mio....

—Cállate, cobarde, haragan, incapaz.

—Pero padre mio, ¿tengo yo la culpa de no poderme ganar la vida? Nadie me quiere ni para remar ni para sacar la red. Los mas vigorosos no encuentran ocupacion ni trabajo, y ó se pudren en el suelo, ó se hacen matar en la guerra. Y si yo me separase de vos, ¿quién sostendria vuestros pasos? ¿quién os defenderia contra los insolentes que os faltan al respeto?

Una risa estrépita y universal fué la acogida que obtuvo la última excusa del niño. Coloréaronse sus mejillas, se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y enseñó los puños á los que se burlaban, los cuales no se dignaron hacer ni un solo gesto para rechazar aquella demostracion de furor.

—Echate, miserable, gritó el padre con voz de trueno, échate, mal perro, en dónde estabas antes. ¡Hé aquí el apoyo que tú me das; excelente defensa!

—Pero, padre mio, balbuceó el niño, dejándose caer en el suelo con un movimiento convulsivo.

—¡Silencio!.... ¿quieres que les refiera tu último rasgo de valor!....

—Perdon, padre mio, murmuró el lazzaroni con voz suplicante, y se puso á besarle las rodillas para enternecerle.

—Veamos, veamos, Lancia, gritaron los pescadores acercándose al anciano, dejad en paz al pobre Peppino, y hablemos de nuestro negocio. Lo convenido, convenido.

—Teneis mi palabra, contestó el soldado con

gravedad, y apaciguándose gradualmente: aunque á decir verdad, añadió volviendo la vista en direccion de la iglesia, en la que acababa de entrar la corte, valdria mas reservar el convenio para otro momento. Hoy reza el diablo.

Los pescadores se miraron sonriéndose.

—¡Ah! ¡ah! no reparéis en eso; haced vuestra señal de la cruz, y el diablo no se mezclará en vuestros asuntos.

—Para hacer la señal de la cruz, seria preciso tener brazos, amigos míos, y yo no los tengo. Así, me contentaré con rogar mentalmente al Señor, que envíe, aunque no sea mas que por tres minutos, un buen temblor de tierra, cuando la corte vaya á pasar por debajo de la cúpula del Cármen.

—Eso no es de un buen cristiano, y mucho menos de un buen soldado. Volvamos, si os place, á nuestro convenio; ¿quereis correr sus eventualidades?

—Ya os he dicho que teneis mi palabra.

—Todo el pescado que saquemos en la red que vamos á echar, sean veinte *rotoli*, sean dos libras, es vuestro; teneis el derecho de llevároslo á venderlo, mediante seis carlinos de vuestra moneda. Si no sacamos mas que guijarros, el precio será el mismo ¿os acomoda?....

—Tocad aquí, gritó vivamente el anciano, estendiendo su brazo mutilado.

—Olvidais que no teneis ya manos, pero esto no importa, porque vuestra palabra es buena, y ade-

mas debeis encontraros con fondos, pues hoy es dia de paga para los veteranos. Así, pues, continuó el pescador, dirigiendo una mirada á sus compañeros, toda la pesca contra seis hermosos carlison, con el busto de ese buen Cárlos de Anjou, cuya alma tenga Dios en su eterno descanso.

Y recaló maliciosamente estas dos últimas palabras.

—El alma de Cárlos está en lugar seguro, respondió el viejo con una risa irónica, y espero que toda su raza irá bien pronto á reunirsele.

—¡Oh! ¡Oh! repitieron muchas voces, eso nos parece oscuro.

—Hé aquí lo que son los soldados, dijo el pescador que primero habia tomado la palabra, jamas vais al sermon señor Lancía, ni os habeis encontrado en el Molo un domingo despues de vísperas, cuando el padre Girolamo, por media libra de pescado por cabeza, viene á referirnos cosas tan excelentes de esos buenos amos que Dios nos ha enviado desde el fondo de la Provenza, verdaderos santos de padres en hijos.

—Sí, sí, es verdad, murmuró el soldado con voz apagada; ¡el rey Cárlos era un gran rey! ¡Un rey de la rama menor como ellos dicen! Protegia á los pobres, pero maltraba á sus hijas en secreto: creaba nobles, pero los despojaba de sus privilegios; fundaba conventos, pero aprisionaba á Santo Tomás de Aquino. Si, ha fundado dos magníficas iglesias, la del Cármen, en la misma plaza en que habia hecho decapitar á Conradino, monarca

legítimo; y la de San Lorenzo, donde se reunian en otro tiempo los nobles y el pueblo en el antiguo palacio comunal; sí, el padre Girolamo tiene razon; ved ahí dos altares que hacen bendecir la memoria de su santo fundador; ved dos capillas preparadas de antemano con solicitud verdaderamente paternal, para los dos últimos descendientes de ese buen rey, Juana y Ladislao; hoy la hermana ha ido à orar al Cármen; la hija del asesino sobre la tumba de la víctima; mañana tal vez el hermano irá à hacer oracion á San Lorenzo, el hijo del usurpador sobre la tumba de la libertad!....

Cesaron las risas y cuchicheos, y fué estrechándose el círculo en derredor del anciano.

—Sí, continuó, son reyes muy nobles de padres à hijos.... En efecto, Cárlos II, ese maldito cojo.

—¡Oh! en cuanto à eso tambien cojeais vos, señor Lancia.

—Yo he cojeado por primera vez al levantarme del campo de batalla, en que habia caido todo ensangrentado. ¡Pero él!.... Dios le marcó desde su nacimiento. Ese maldito cojo oprimió de tal modo al pueblo, que levantándose como un solo hombre, esterminó hasta el último de sus opresores.

—El pueblo tuvo razon, gritó el auditorio.

—¿Y Roberto no ha usurpado à su vez el trono que pertenecia á su hermano primogénito? ¿no atrafo la guerra, la desolacion y la miseria sobre nuestro desgraciado pais? ¿Y Juana, su digna hija, la

digna tia de esa otra que lleva su nombre, y que la ha escedido ya en virtudes, no ha ahogado à su marido? ¿Y cuando el pobre Andrés, viéndola ocupada en tejer un cordon de seda y oro, la preguntó para qué podia servir, no respondió con la mas infernal impudencia: es para ahorcaros, monseñor...?

—¡Qué horror! dijo todo el círculo aterrado.

—Es verdad, prosiguió el anciano, que Cárlos III, su querido hijo adoptivo, padre de los príncipes que nos gobiernan, ahogó despues á Juana, que no le habia hecho mas mal que salvarle la vida siendo niño, y haberle dado un reino, mas ¿qué quereis? el reconocimiento es hereditario en esa familia. Así es que, Cárlos III no tardó mucho en recibir la recompensa de su buena accion. La viuda de Andrés le regaló la corona de Nápoles, y la viuda del hermano de Andrés, la de Hungría. Pero no tuvo tiempo de pagar este segundo beneficio como habia pagado el primero, porque un momento despues de haber brindado à la salud de la reina Isabel y su hija María, ambas señoras levantaron à un mismo tiempo su vaso, y à aquella señal, un soldado que se hallaba oculto detras de él, levantó el hacha y le dividió el cráneo. Y luego, como no muriese tan pronto como deseaban sus parientas, se le arrastró à un calabozo y se envenenó su herida. ¿No es verdad, hijos míos, que la genealogía de nuestros buenos príncipes no puede ser mas edificante, y que yo conozco un poco mejor nuestra historia que el padre Girolamo?... Ya veis

que todo lo que os digo vale lo menos dos libras de pescado por cabeza, pero soy un pobre soldado, y me contento con comprar el que como.

Los pescadores que habian tratado de divertirse, incitando al anciano para que prorumpiese en locas amenazas, permanecian inmóviles y como clavados por el asombro y el terror. Pero el cuarto de hora de reposo habia pasado, y era preciso relevar á los que trabajaban en las redes; levantáronse, pues, preocupados con las graves palabras que acababan de oír, y volvieron á comenzar lentamente su faena, y su monótona cancion. Los recién llegados se acomodaron en la arena, y la conversacion interrumpida un momento, continuó bajo otro tono.

—Y bien, ilustre Lancia, ¿qué perro os ha mordido? Os oigo gruñir sordamente como el Vesubio, en el instante de una erupcion? ¿Corren algun peligro los que os rodean!

—Yo sé de qué proviene ese aumento de amabilidad, dijo un pescador que no habia hablado todavía, enjugándose con el reverso de la mano el sudor, que á grandes gotas corria de su frente.

—¡Verdaderamente! dijo el soldado con tono chocarrero.

—De cinco ó seis dias á esta parte, no está conocido. Primero se asemejaba á un perro de presa que notuviese huesos que roer, y ahora parece á un oso que ha estado en ayunas una semana.

—¿Y luego? continuó el viejo mirando fijamente á su interlocutor.

—Luego.... si no concluyes de refunfuñar, voy á contar una historia que nadie sabe aquí, viejo narrador, y de que he sido testigo el lunes pasado, al cerrar la noche.

—Habla, y que el infierno te confunda, dijo el viejo temblando de cólera y de temor.

El niño se estremeció, y miró con asombrados ojos al pescador.

—Pues bien, señores, estaba yo el lunes á la caída de la tarde agazapado en un rincon de la calle de Sta. María Neva, en donde me resguardaba de la lluvia que caia en abundancia. Nadie andaba, con aquel malísimo tiempo, escepto el intrépido Lancia que en su calidad de héroe no teme ni al agua, ni al fuego, y ese muchacho que es respecto de su padre, lo que la muleta para el tullido, y el perro para el ciego. Lancia iba por en medio de la calle como un mayordomo de fábrica en en una procesion ó como un capitan al frente de su compañía, cuando de repente desembocando en la calle el gran chambelan, le atropelló con su caballo y le echó á rodar por el suelo, sin la menor consideracion á sus gloriosos servicios.

—¡Maldicion!.... gritó el anciano: todo está dicho, perderé á mi tercer hijo, mi pobre, Lorenzo.

—¡Se vuelve loco!.... dijeron los pescadores encogiéndose de hombros mientras que Lancia abrumado por la desesperacion y la vergüenza, re-

petia palabras sin consecuencia, y terribles amenazas.

—No estaba solo.... ¡Fatalidad!.... otro ha sido testigo del insulto.—¡Oh! esta vez no puedo ocultárselo à Lorenzo, mi último, mi único hijo.... ¡Me vengará.... y despues la muerte!.... Es claro, tambien se le matará á él. ¡Mis canas!.... mis heridas!... ¡mi gloria!.... ¡infame!....

Luego, recobrando de pronto su energía y su razon habituales, y dirigiéndose á los pescadores asombrados de su brusca salida:

—Sí señores, dijo, lo que ese hombre acaba de contaros es cierto. El gran camarlengo me ha arrojado por el lodo y no he querido decir nada á Lorenzo, porque le conozco; es mi digno hijo, es el digno hermano de mis dos primeros hijos muertos á mi lado en el campo de batalla, y hubiera vengado mi honor aun á costa de su vida, mientras este miserable poltron que veis á mis piés...

—¡Detente!.... dijo el pescador mas jóven, el pobre Peppino no es culpable por haber tenido miedo ...

—¡Miedo!.... ¡miedo!.... repitió el viejo con una terrible esplosion de cólera; ¿lo oyes, miserable, lo oyes? Se ha insultado á tu padre delante de tí, te llaman cobarde delante de tu padre. y no te meneas de tu sitio!.... Pero tu no eres mi hijo, desdichado!....

La mirada del niño brilló como un relán; pago; pero no se movió de donde estaba.

—Sosegaos, calmaos, Lancia, replicaron los pescadores con seriedad y enternecimiento. Hemos hecho muy mal en burlarnos, y vos no habeis hecho bien en incomodaros por niñerías. Es una felicidad que Lorenzo no esté aquí; es un buen muchacho y no debe esponérsele sin motivo. Pensemos en nuestra pesca; ya nos toca el turno de sacar las redes.... ya no tenemos que trabajar mas que un cuarto de hora. Tengamos buena pesca, Lancia, y dejemos al gran camarlengo y al diablo que le protege. Ademas, ya se sabe que los nobles siempre son nobles:

Y los pescadores se fueron al sentar aquel consolador axioma.

—¡El noble!.... respondió el veterano sin notar que el círculo se habia cambiado, y que sus oyentes no eran los mismos, ¡el noble!.... ¿Pero sabeis quién es ese Pandolfello Alopo, ese poderoso feudatario que marcha orgullosamente al frente de la aristocracia napolitana, ese caballero brillante que atropella á los transeuntes?

—¿A qué nos viene ahora con ese Pandolfello?... ¡Maese Lancia! ¡Giordano!.... ¡Señor mio!.... Sin duda nos tomáis por otros.

—¿Sabeis quién ese Pandolfello, el primer chambelan del rey, el baron mas poderoso del reino? Pues yo voy á decíroslo. Es un bastardo que no ha conocido jamas ni à su padre ni á su madre, un mendigo lleno de inmundicia, un vagamundo espulsado de su aldea como un animal asqueroso. ¿Y



sabeis quién recogió á ese bastardo, quién dió la primer limosna á ese mendigo, y quién colocó á ese vagamundo en las caballerizas del rey? Pues yo soy, yo á quien cobardemente ha ultrajado. Era un niño frágil, endeble y enfermizo. Gracias a mí el adolescente raquítico llegó á ser un jóven robusto y de buena figura. Entonces fué cuando la princesa le vió en su humilde traje, y le hizo primero su copero, luego su favorito, y no tardará en hacerle vuestro rey. ¿Si, señores, un mozo de cuadra?

—Es imposible, dijeron los pescadores.

—Lo que yo os digo es la verdad, y no tendria reparo en decírsela en su cara. Pero yo no tengo ya brazos ni piernas, no podria correr detras de él, arrancarle de la silla, y poner en su frente el tacon de mi zapato, como él habia oprimido mi pecho con los cascos de su caballo. ¡Vergüenza y miseria!....

—Lancia, dijeron los pescadores en voz baja, no hace bien en hablar así del gran chambelan. Hablad de los muertos cuanto querais y nadie se levantará á defenderlos; hablad de la regente y del rey y tal vez os lo perdonarán; ¡pero no digais una palabra de Pándolfello, ó vivid con cuidado, velad sobre vuestros hijos, guardad á Lorenzo!

Sin embargo, la pesca tocaba ya á su término, y las redes pesaban tanto que los que tiraban de la cuerda se vieron obligados á pedir refuerzo de brazos. Todos los pescadores se pusieron á la cade-

na, y olvidaron bien pronto al anciano y sus quejas para comenzar otro diálogo de distinta naturaleza.

—Por la Madona, dijo el hombre que habia propuesto el convenio, ved aquí un buen negocio. Hay quizá doscientas libras de pescado, y acabamos de dejárselo á ese viejo y corajudo demonio, por seis carlinos.

—Tú no has hecho nunca otros, dijo su vecino golpeando la arena con la punta del pié: antes de ayer no quisistes tres ducados por la pesca y no hemos tomado mas que un palo de escoba.

—Y sin embargo, habia consultado á San Pascual, continuó el hombre del contrato hablando consigo mismo: está bueno, en la primera cuestion tendré presente esta jugarreta.

—¿Decid, pues, avelinés, quereis cederme vuestro pescado por una piastra?

—Yo doy dos.

—Yo, tres.

Y los pescadores pujaban á medida que las redes iban acercándose á la orilla. Pero el anciano distraido y como atontado, no daba muestras de comprender las proposiciones que por todas partes se le hacian.

—La dicha le ha vuelto idiota, decian los pescadores.

—Yo lo creo, es enorme.

—Las redes van á romperse.

—Apuesto á que traen un atun.

Y todos aquellos hombres con el rostro encendido, los brazos tendidos, y los ojos brillantes se aproximaban á las redes con inquieta curiosidad, cuando de repente todos prorrumpieron en un grito unánime, y retrocedieron asombrados al ver un cadáver.

— Es un hombre asesinado.

— Un jóven.

— Un pescador.

Estas palabras circulaban entre la multitud asustada y temblorosa, cuando Lancia, saltando de su asiento y dominando el tumulto con voz fuerte y cortada.

— ¿Un cadáver?... dijo, será alguna nueva víctima de nuestros tiranos. Apartaos, señores, es mío, me pertenece, le he pagado y es mi pesca.

Y marchando con paso firme y seguro por entre los pescadores que guardaban el mas profundo silencio, llegó á las redes, se bajó lentamente para mirar el cuerpo desde cerca, y á su vez el infortunado anciano lanzó un grito, penetrante, desesperado, terrible....

— ¡Lorenzo!.... ¡Hijo mio!....

No pudo proferir mas palabra, y rodó por la arena al lado del cadáver de su hijo,

Pero el pequeño lazzaroni que hasta entonces habia permanecido en una actitud impasible escuchando las reprensiones de su padre, y los insultos de los demas, se levantó con la rapidez del relámpago, tomó á su padre en los brazos con una

fuerza de que nadie le creía capaz, le puso suavemente sobre su banco de encina, y sin proferir una palabra, ni echar una mirada sobre el cuerpo de su hermano, desapareció hácia la parte de la iglesia. En el mismo instante, la régia comitiva apareció en el ángulo de la calle, precedida de un gran número de hombres, mugeres y niños, casi todos medios desnudos, y colocados por orden de edad y de harapos. Las siniestras voces que salian del grupo de los pescadores, se perdieron en medio de las frenéticas aclamaciones de aquella masa numerosa y compacta que abria la marcha dando horribles alaridos. Los soldados de la escolta manejaban tan bien de plano sus espadas, y los regatones de sus lanzas, que la multitud se abrió en dos hileras y dejaba pasar la procesion en silencio.

Los caballeros, los barones, el clero y los grandes dignatarios seguidos de escuderos, criados y pajes, rivalizaban en el lujo de sus trajes, la belleza de sus caballos, y el brillo de sus armaduras. Las garzotas de diamantes, los cascos de oro, las corazas de plata, brillaban con los rayos del sol, y deslumbrando al pùeblo, le obligaban á bajar la vista.

Juana de Duras, regente del reino, mentaba un caballo árabe mas blanco que la nieve, cubierto con una mantilla de seda y oro, bordada de perlas á la usanza oriental. La hermana de Ladislao, cuyo recuerdo ha quedado en la tradicion po-

29939

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

pular, como tipo de todas las perfecciones que la naturaleza puede conceder à una muger, se hallaba entonces en el complemento de su magnífica belleza. Aunque ya pasaba de treinta años era imposible mirando su esbelto talle, la pureza de su frente y el aterciopelado brillo de su cabello, atribuirle mas de veinte años. La estremada regularidad de su perfil, y sus negras cejas noblemente arqueadas, daban à su rostro un aire impo- nente templado por la dulzura de su mirada. Una seducción irresistible, un imperioso encanto parecia que encadenaba à sus plantas las voluntades mas rebeldes, y el orgullo mas indomable. Jamas muger alguna ha inspirado mas respeto y amor: jamas ha poseido ninguaa reina una gracia mas se- vera, ni una magestad mas seductora.

A la derecha de Juana, Pandolfello, que despues de su infame asesinato apenas habia tenido tiempo para mudar de vestido y presentarse en palacio, hacia caracolear con noble gallardía un corcel calabrés de un negro de ébano, que por la perfeccion de sus formas, y la agilidad de sus movimientos, no tenia igual en las reales caballerizas.

Pandolfello Alop, apenas tendria veinticinco años pero aunque este espacio de tiempo pueda parecer corto, le habia bastado para elevarse desde la condicion mas vil, hasta una fortuna casi régia. Admirablemente hermoso, pero dotado de una belleza varonil y altiva, dominaba con su erguida cabe-

za aquella reunion de barones y príncipes bastante miserables para envidiarle en el fondo de su corazon, y demasiado cobardes para prosternar ocho siglos de nobleza à los piés de un bastardo. Sus cabellos, en espesos y perfumados bucles, se deslizaban de una gorra de terciopelo adornada con una preciosa presilla de diamantes, y una sola pluma negra. Fijaba su mirada en Juana con aquella espresion irresistible de imperio, que habia obligado à la princesa à entregarle en un solo dia, los favores de la corte y los destinos de un reino. Ajustaba su talle una especie de jubon de gran riqueza, cuyo fondo negro desaparecia bajo el oro y la pedrería, y se veian brillar en su pecho las insignias de la órden de la Nave, condecoracion singular y clásica inventada por el rey Ladislao en honor de los argonautas, y que tal vez haya dado origen à la órden del Toison de oro.

En el momento en que la ilustre pareja pasaba por delante de la playa, en que los pescadores habian espuesto el cadáver de Lorenzo, el anciano, à quien los gritos del pueblo habian sacado de su entorpecimiento, levantó sus mutilados brazos, y lanzó sobre su enemigo una maldicion fulminante. ¡Ay! no sabia todavia que era el mismo hombre que no contento con haber ultrajado al padre, acababa de asesinar al hijo!... Le maldecia sin embargo, por odio, por instinto y tal vez por presentimiento. Des pues, viendo que su voz debilitaba por el dolor y perdida entre las aclamaciones generales, no llega-

ba hasta el chambelan, quiso dirigir sus miradas sobre su jóven hijo para reprenderle otra vez su cobardía; pero, como ya hemos dicho, el niño no se encontraba allí para escuchar aquella reconvención. Midiendo con una mirada tan rápida como segura la distancia que le separaba del régio acompañamiento, Peppino habia ido arrastrándose como una culebra andando sobre el vientre, espuesto à ser aplastado por los piés de los caballos, luego levantándose de improviso, como una aparición siniestra entre Juana y su favorito, dió á éste último una puñalada. Pandolfello cayó sin dar un solo grito, tan violento y súbito habia sido el golpe, y la princesa todavia no habia observado nada, cuando ya todo el mundo se abalanzaba sobre el lazaroni.

Lancia, no viendo á su hijo en su sitio acostumbrado, lo adivinó todo. Recobrando de repente su fuerza, su salud y juventud, se adelantó sin guía, sin apoyo, sin dolores, y colocándose delante de Juana:

—¡Perdon!... gritó sollozando, perdon para mi último hijo.

—Ya no soy un niño, os he vengado, padre mio, respondió Peppino, con voz firme, soy un hombre y sabré morir como tal.

—Perdonadle, señora, repetía el anciano con gritos desgarradores, he perdido dos hijos en la guerra, se me acaba de asesinar el tercero, ¿y qué me quedará si me arrebatáis el último?...

—¡No hay perdon para el asesino! dijo Juana,

con las facciones contraídas por el dolor y la desesperación.

—Tomad mi vida, pero salvad à mi hijo.

—¿Qué quereis que haga con tu vida, miserable viejo? arrancártela seria una recompensa.

—Entonces, señora, pediré justicia al rey.

—Ve arrastrándote hasta él, si puedes; entre tanto tu hijo espiará su crimen en los tormentos.

—¡Ay! señora, si yo no puedo llegar hasta él, quizá Dios le enviará hacia mí.

—Apoderaos del asesino, dijo Juana, y que ese viejo sea arrojado al mar.

—Y yo pido su perdon, dijo levantándose Pandolfello, que habia caido al suelo por el golpe, mas no por hallarse herido. La Providencia ha salvado mi vida, y las reliquias del bienaventurado San Genaro, que llevo siempre sobre mi corazon, han embotado el puñal del asesino.

—El infame lleva una coraza, murmuró Peppino, dirigiendo á su padre una mirada desesperada.

La regente no encontraba espresiones con que manifestar su júbilo, y en su delirio se habria arrojado al cuello de su amante en presencia de todo el pueblo, si el gran proto-notario, que por su dignidad ocupaba el segundo lugar en la comitiva, no la hubiese contenido con una mirada. Después, acercándose á Pandolfello, le dijo al oido:

—Ya sabeis, mi querido señor, que desempeño las funciones de primer magistrado del reino. Mi adhesion os es bien conocida: indique vuestra seño-

ría el género de muerte que ha de sufrir ese miserable. Ahorcado, descuartizado, quemado, destrozado vivo: vuestra voluntad será una ley. Atentar contra la vida de V. E. es conspirar contra la seguridad del Estado; es casi un crimen de lesa-majestad.

—Gracias, mi noble señor, contestó el chambelán en voz baja: agradezco á vuestra excelencia su amistosa oferta y la tendré presente en tiempo y lugar, oportuno. Pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo, y siempre que algun hombre nos estorbe, le haremos pasar por su cómplice. Cuando necesitemos sus declaraciones bastará con algunas vueltas de cuerda: recomendadle á vuestros atormentadores ordinarios: es una preciosa alhaja.

Los dos grandes dignatarios de la corona se separaron con muestras de la mayor intimidad, y Pandolfello se aproximó á Juana para darla gracias con una tierna mirada por el interes que acababa de manifestarle. La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al pueblo, habia acudido á ver una fiesta, y asistía á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con toda su fuerza.

—¡Viva San Genaro!... ¡viva el gran chambelán!...

III.

Al siguiente dia de su visita al Càrmen, que pudo serle fatal. Pandolfello Alopo respiraba el aire, ya sensiblemente refrigerado, en una de las azoteas del palacio nuevo, medio echado en unos almohadones de terciopelo carmesí, cerrados los párpados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la regente, á quien la hacia mucho mas querido el peligro que acababa de correr.

Serian las nueve ó las diez de la mañana, una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el dia anterior, movia y levantaba suavemente los cabellos del jóven. Una ancha y espesa calle de jazmines que formaban bóveda, con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y su favorito de los rayos del sol y de las miradas de los hombres. Los pescadores habian vuelto á entonar sus acostumbradas canciones, y á emprender sus faenas diarias; el anciano, sostenido por una fuerza sobrehumana, se habia llevado el cadáver de su hijo, y colocádole sobre su cama, como si estuviese dormido; habia cerrado despues con llave la puerta de la habitacion, y fué á sentarse en el muelle sin derramar una lágrima ni pronunpir en ninguna queja. Al ver aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan imapasible, se hubiera dicho que estaba loco, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiase en Dios y aguardase.